

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
 En toda España. 1 pt. mes
ANUNCIOS
 En 1.^a plana. . . 0'15 cts. palabra
 • 2.^a y 3.^a . . . 0'25 . línea.
 • 4.^a 0'10 .
ESQUEMAS SEGUN TARIFA
 No se devuelven los originales
 Número suelto 5 céntimos

EL TIEMPO

Redacción: A un kilómetro de la gran
POLO DE MEDINA, 7

Todo suscriptor que comience la sus-
 cripción desde el día 15 en adelante
 de cada mes, lo recibirá gratis hasta
 el 1.º del mes siguiente.

DIARIO INDEPENDIENTE

Número suelto 10 céntimos

Teléfono número 25

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Franqueo concertado

HOMENAJE DE ADMIRACIÓN Y CARIÑO Á LA BUENA MEMORIA DEL MAESTRO INSIGNE

Don Andrés Baquero Almansa

Nuestro deber

Honar la memoria de los grandes hombres, de todos aquellos que consagraron su existencia á la realización de un ideal patriótico y al engrandecimiento de la tierra que les vió nacer, es deber ineludible y expresión de agradecimiento sentido siempre por todo corazón noble. Perpetuar la memoria de D. Andrés Baquero, grabar en la mente de todos los murcianos, la labor incomparable del sabio Catedrático y del patriota por excelencia, es obligación que no puede quedar incumplida por cuantos conocieron aquella voluntad de hierro y aquel carácter paternal que á todos atraía y á todos subyugaba. Cuanto se haga al objeto de que su recuerdo perdure, y para que las generaciones venideras no desconozcan la obra de este murciano extraordinario, será bien poco si se compara con sus grandes merecimientos; que solo cuando el tiempo pase y otros hombres intenten proseguir la labor, la obra redentora de Baquero podrá apreciarse en toda su magnitud la inmensa pérdida que su muerte ha producido, y allá en los claustros del Instituto, su único amor y su predilecto ideal, podrá escribirse en lo más alto de sus muros el verdadero epitafio de su grandeza: AQUÍ VIVIO UN HOMBRE ILUSTRE QUE NO FUÉ SUPERADO POR NINGUN OTRO EN SUS GRANDES AMORES A LA ENSEÑANZA Y A SU PATRIA.

ISIDORO DE LA CIERVA
 (Senador del Reino).

Sus últimas palabras

Con frecuencia me reunía con mi inolvidable amigo D. Andrés Baquero y cambiábamos impresiones sobre los asuntos en trámite que podían beneficiar á Murcia. Sus consejos y orientaciones eran siempre utilísimos. Cuando el día de la Purísima preparaba un viaje á Madrid, le expuse algunos proyectos relacionados con la cultura local, que todos merecieron su aprobación; y ya en este terreno tan en armonía con sus aficiones me indicó que á Murcia pertenecía un precioso ejemplar del Fuero Juzgo que deberíamos reivindicar. Bastaba la simple noticia para que la reconquista de ese libro fuese incluida en mi plan, y habiendo realizado ciertas averiguaciones, que conocen algunos compañeros, obtuve una promesa seria de que en cuanto se reclamase de una manera oficial suministrando los justificantes, el códice, que tiene mucho más valor que el que suponíamos, volvería á Murcia. A D. Andrés le entusiasmaron esas noticias y se dedicó á rebuscar entre sus papeles. No encontró todo

lo que él tenía, pero sí lo bastante para nuestro objeto, y el cinco del presente mes, un día antes de morir me escribió la cariñosa carta que conservaré toda mi vida como reliquia del maestro, en la que figuran datos preciosos para que puedan justificarse nuestros derechos. Todavía nos vimos la tarde del día de los Reyes y hablamos del Códice animándose con la idea de recobrarlo. Es muy posible que estas gestiones en bien de Murcia, fuesen las últimas que realizara. Quién sabe si al acostarse para no volver á despertar, pensó en ese precioso libro. Por fortuna para mí, recordaré siempre á Baquero unido á dichas gestiones velando porque Murcia tenga todo lo que le pertenece..... siempre buen hijo, sin otro afán mayor que el de ver grande y culta á su querida tierra.

ISIDORO DE LA CIERVA
 (Senador del Reino).

Posrera ofrenda al Maestro

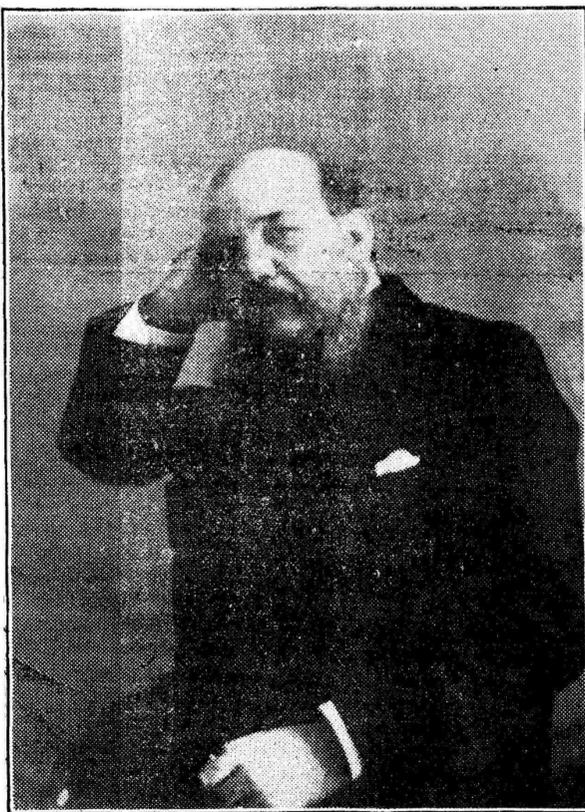
Sobre la losa funeraria, de tu gloria mudo dintel, vengo á posar con mi plegaria mi última hoja de laurel. ¿La arrancaré del sacro Pindo en la verde selva inmortal? ó del feráz bosquejo lindo que en Provenza cuidó Mistral?... ¿De los verjeles horacianos...? ¿Del Tísculo de Cicerón?... ¿O del que adornan los murcianos huertos frondosos del Malecón?... Laurel para eterna corona de tu cabeza monacal, claro espejo de tu persona donde brillaba luz genial: Para la excelsa aristocracia de tu frente de pensador, donde pusiera cada Gracia sus ósculos de vivo ardor: Para trofeo de tu ciencia, como símbolo de tu virtud, en tributo de reverencia, como emblema de gratitud: De tí aprendieran el culto patrio nuestra inquieta fé juvenil: por tí llegamos hasta el atrio del templo del fénix gentil. Por tí agotó los euclogios nuestro cariño familiar, nuestro entusiasmo los elogios, el llanto nuestro recordar... De siempre vivas cien manipulos aporta en piadosa oblación la falange de tus discípulos que te amaba de corazón. Y de tu prole literaria el más humilde, siempre fiel, ante tu losa funeraria viene á rendir con su plegaria su última hoja de laurel.

ANDRÉS SOBEJANO.
 (Arquivero).

Las últimas cuartillas del Maestro

Al saber nosotros que sobre la mesa de trabajo del Sr. Baquero habían quedado unas cuartillas del libro sobre escritores murcianos que tenía en preparación, interesamos de nuestro buen amigo D. Vicente Llovera, el favor de que nos las facilitara teniendo la satisfacción de poder ofrecerlas al público como última colaboración prestada por el llorado Maestro á este periódico.

que en muchas ocasiones se honró con su autorizada firma. Hemos querido que ellas sirvan de encabezamiento á este número con el fin de que nuestros lectores junto con el homenaje que amigos del alma rinden á la memoria del Sr. Baquero, guarden este último destello de su privilegiada inteligencia.



FR. ANTONIO LÓPEZ MUÑOZ.—Franciscano observante, de nuestro insigne convento del Malecón. Hombre de talento y de estudios. Por los años de 1767, era ya Padre grave, Lector dos veces jubilado, examinador sinodal en esta diócesis, Consultor de Cámara, y Regente de estudios del Colegio de la Purísima. Había sido, en dicho colegio, Lector de Teología Moral bastantes años, (1) teniendo de texto el famoso «Directorio» de Echarrí. Mas como luego se suscitaban las cuestiones sobre el probabilismo, y el Capítulo general de la Orden adoptara medidas para rechazar de sus doctrinas toda nota de laxitud, el P. López trabajó como refundición del «Directorio Moral», corrigiéndolo y añadiéndolo; pues las repetidas ediciones del Echarrí no podían compren-

der constituciones muy importantes de Benedicto XIV y Clemente XIII relativas á puntos concretos de interés. (2) Dió cima á este trabajo en los comienzos del año 1767; pero con las dilaciones propias del expediente necesario entonces para la publicación de cualquier libro, el suyo no salió á luz hasta 1769. Lo imprimió con esmero nuestro Felipe Teruel, formando un abultado tomo en 4.º, á dos columnas. Fuera de correcciones, supresiones y ampliaciones menudas, en la edición murciana del «Directorio Moral», sólo dos terceras partes resultan de Echarrí; la otra tercera es del acreditado Mtro. López. El cual, dominando el asunto, tan complejo, tan delicado á veces, y á veces tan escabroso... (1) El de 1755 lo era de Tercera, y como tal firma con sus compañeros de claustro una *Aprobación* de ciento setenta y tres señores de la Provincia de Castilla.

El homenaje de un pueblo

Ante su cadáver quedé confundido. Asistiendo á su entierro quedé confortado. Pocas veces ó nunca la ciudad de Murcia ha presenciado un acto más sublime ni se ha visto congregada en la calle por un sentimiento tan espontáneo y acorde con los sentimientos de un corazón. Andrés Baquero, cuya ascética modestia tantas veces renunció toda clase de honores y distinciones, recibía en aquel acto, la única que ambicionaba su alma grande y generosa: la gratitud y aprecio de sus paisanos. **ANGEL GUIRAO**
 (Diputado á Cortes).
 17 Enero 1916.

UN GRAN MURCIANO

Baquero ha muerto cuando comenzaba la recolección del fruto de la preciosa semilla que había sembrado, cuando los murcianos formábamos el pedestal de su eminente personalidad. Quizá hubo un tiempo, aquél que dedicó Baquero á su labor más intensa, en que pudo creer que en el campo del alma murciana, donde florecen nuestros sentimientos colectivos, había una parcela yerma; la parcela de la ternura, de la efusión cordial que hace amar la tierra donde se ha nacido con amor tenue y fertilizante, con cordialidad mansa y tierna sin cuya intromisión se emponzoña y amarga la vida de los pueblos. Quizá alguna vez al contemplar el panorama afectivo de sus paisanos sintió en su noble espíritu la sensación del páramo y lo miró como montaña escarpada y ríscosa desde cuyas cumbres la lluvia corre á filtrarse en los pedregales. Acaso alguna vez su sensibilidad extremada le mintió que estaba solo, sólo en su amor vibrante á las cosas y á los seres, á las artes y á las ciencias de nuestra región; sólo en su amor al paisaje y al existir en esta tierra de la bendición de Dios. Pero cuando doblaba la cumbre de la vida, la sombra del pesimismo no se proyectaba ya sobre sus pensamientos: á cambio de la familia íntima que no se había creado, veíase rodeado de una familia espiritual que lo veneraba, que seguía sus pasos, que acataba sus juicios, que alentaba constantemente su labor magistral. Y yo creo que Baquero se sentía feliz... cuando la muerte ha roto brutalmente el hilo de su precioso vivir. Seguirá la vida su curso, se cubrirán los cargos que dejó vacantes. El sol seguirá vivificando las pendientes afelpadas de nuestra vega é iluminándola al esconderse con la luz azulada del poniente, á veces

mis sugestiva y más hermosa que la luz rosada del amanecer. Nuestro gran murciano, ya no presenciará, como presenciara soñando, desde el mirador incomparable de nuestro Malecón, el interminable beso de amor que, al anochecer, parece fundirse la tierra y el cielo en la línea del horizonte. Pero nosotros, sus discípulos, sus amigos, los que tanto le amamos y le reverenciamos siempre, cuando después de contemplar el espectáculo desde ese sitio volvamos la mirada á Murcia, veremos que los campanarios de la Torre, que esos ojos de la Torre que Baquero no pudo describir sin llorar lágrimas de santa y patriótica emoción, se nublan de un vapor purísimo que no baja á la tierra para formar barro, sino que se eleva al cielo como si fuera la plegaria y la oración de una madre dolorida... **EMILIO DIEZ DE REVENGA.**
 (Diputado á Cortes).

El sábio y el hombre

Mi amistad íntima con Baquero no tenía el sello de la antigüedad. Desde lejos rendí el tributo de mi fervorosa admiración á sus cualidades de insigne literato, á sus enseñanzas de sabio maestro, á su noble corazón de murciano enamorado de las cosas de su tierra. Después me deparó la ocasión la buena suerte de tratarle íntimamente, llegando á conocer al hombre, y ví que el hombre valía tanto ó más que el literato y el maestro. Llegué á contarle en el número de mis mejores amigos, por que él bondadosamente me ligó con sus distinciones que nunca olvidaré. Estimaba en mucho su trato y amistad, porque esta, que suple las deficiencias de la familia, se estrecha más cuanto mayor es la carencia de los vínculos de la sangre; porque aquellos que por vocación nos encontramos apartados de los afectos íntimos familiares hemos de valorar por quilates el tesoro inestimable en frase del Espíritu Santo, por que nada más encantador que la efusión de don Andrés Baquero en las expansiones de su alma que se desbordaba como la de un niño; porque nada más atractivo que la bondad y el talento en estrecha unión con la afabilidad y la modestia, insuperables en el llorado maestro. De repente, cuando don Andrés parecía más feliz, cuando sus amigos nos complacíamos más en movernos, dentro de la esfera de acción intelectual que á cada uno señalaba para el bien y la prosperidad de la Murcia muy amada por todos, Dios dispuso de su vida, lo separó violentamente de nuestro lado. Yo acato los designios inescrutables de la voluntad divina: humillo mi frente ante las disposiciones de Aquél que es árbitro de la vida y de la muerte; pero he sentido con el dolor inherente á la pequeñez humana el alejamiento del amigo tan

querido y respetado. Yo quiero seguir sien lo su amigo, comunicándome con él por medio de la oración hecha en sufragio de su alma, pidiendo al Dios de las misericordias, la bienaventuranza eterna para el alma generosa, noble, eminentemente cristiana que siempre supeditaba las concepciones de su genio, las bellezas incomparables de su literatura y las enseñanzas de su merísimo magisterio á la autoridad infalible de la Iglesia, y que tanto laboró por la gloria de Dios enseñándonos lo que son y lo que valen nuestros hermosos templos.

Yo pido á sus amigos que nos unamos en la fervorosa plegaria al cielo por el alma del amigo de todos, homenaje el más grande que podemos tributar á su memoria.

JESÚS ROMERO.
(Chantre).

Andrés Baquero

Hablé con él en la estación de Murcia momentos antes de regresar á Madrid el día 6 de este mes. Fué á despedirme y nos separamos con un fuerte abrazo. Sus últimas palabras iban encaminadas á robustecer mi convencimiento de que la acción política en que me hallo es la que me corresponde y á todo trance debo mantener. Pocas horas después nos abandonaba aquél espíritu elevado, culto, esclarecido!

Muere con él uno de los más grandes hijos de Murcia. Por su amor á nuestra tierra no ha brillado más la potente luz de su alma. Sus estudios, sus trabajos y desvelos para Murcia fueron, y por ello limitado el campo de su actividad y el de apreciación de sus grandísimos méritos.

En todo noble empeño de mejora ó enaltecimiento de Murcia, Baquero ha intervenido con su autoridad indiscutible; fué siempre el iniciador entusiasta ó el auxiliar incomparable. Hacía yo esfuerzos como vicepresidente de la Comisión provincial para levantar el Manicomio, y él levantaba el crédito y la labor municipal como nunca lo fueron. Algún doloroso episodio de los entusiasmos juveniles que á los dos nos impulsaban entonces, ha constituido después vínculo del mayor afecto y de mutua estimación. Luego, en todo cuanto yo he podido hacer por Murcia, Baquero ha sido el compañero decidido, inteligente y fiel.

Queda ya perpetuamente incorporado al espíritu murciano, á lo que simboliza y en realidad constituye ese pedazo de tierra de nuestros amores. Los que van muriendo funden sus espíritus é iluminan con fulgores misteriosos la ciudad que Dios embelació con su cielo espléndido; y aquel inolvidable amigo que tanto estudió y mostró á todos las virtudes de otros grandes murcianos, será admirado por las generaciones venideras y servirá de estímulo á los que sientan la noble aspiración de escribir una página gloriosa en la historia de nuestra patria murciana.

J. DE LA CIERVA.
17 Enero 1916.

Cuando ya estaban tiradas la primera y cuarta plana de este periódico, recibimos las cuartillas del ilustre murciano que ha querido asociarse al homenaje rendido al señor Baquero, atendiendo á la vez nuestro ruego.

Sentimos que la hora en que llega á nuestras manos nos impida concederle el lugar preferente á que tiene derecho.

Honremos su memoria

¡Murió Baquero! ¡Qué pérdida para su familia, para sus amigos, para las ciencias y las artes que cultivaba con tanta brillantez, y para los centros que dirigía, para Murcia entera, para la provincia, para toda España! Por que hombres de su saber, de su rectitud, de su bondad, son rarísimos; son gigantes en esta época de pigmeos.

Bien está que le lloremos por afecto, por gratitud, más no debemos limitarnos á derramar estériles lágrimas, como Boabdil. Honremos la memoria de Baquero, sobre todo dando á conocer sus trabajos inéditos, coleccionando y divulgando cuanto publicó, lo que á la vez servirá para la instrucción del pueblo, pero no basta con eso.

Le consideramos irremplazable y lo es en verdad, por que solo manda Dios hombres como Baquero cuando quiere favorecer á un país; pero cada uno de nosotros, dentro de nuestra esfera de acción, de nuestras facultades y de los medios de que disponemos puede hacer no poco para coadyuvar á su obra.

Propongámonos todos cumplir desde hoy con más celo, con más rectitud, con mayor esmero nuestros deberes; trabajemos con creciente ahínco; no perdamos el tiempo en fruslerías, hagamos ésto en su honor y por su memoria, y si entre cien murcianos no logramos llenar el vacío que uno sólo dejó, porque aun reunidos todos los esfuerzos las medallas no logran remontarse hasta donde el genio llegó, mucho bueno podemos hacer en bien del país. Aunque á él no le vemos ya él nos ve y nos oye, y esa acción, ese homenaje, le satisfará más que otro alguno, porque á Murcia consagró su vida entera.

El murciano que trabaje é imite las virtudes de Baquero, al engrandecimiento de Murcia contribuye, así como el que nada hace ó no hace cuanto puede, defrauda á la sociedad y á este bendito pueblo de nuestros amores, y no puede gloriarse de ser verdadero admirador de Baquero quien por ello no se sienta impulsado á seguir la senda que recorrió el inolvidable Maestro.

RICARDO CODORNIÚ.
(Ingeniero)

Ofrenda de dolor

Lejos de aquí lo supe, en el corazón de la Mancha, de esa luminosa Mancha adonde van con el Hidalgo todos los espíritus selectos de la raza, todos los patrios del ideal y del honor de España.

Asaz fría fué la mañana que lo supe; no tanto como quedó mi alma por el suceso desventurado; bastante sin embargo para mostrar en la plata de la escarcha que el cielo había pasado la noche entera llorando.

Venía yo del Ara santa. En esa piadosa evocación de los que mueren, á que la Iglesia excita cuando es ya muerto místicamente el Redentor por las palabras milagrosas del sacerdote, lo había incluido sin saberlo. ¡Señor, piedad! Por mis muertos, por los que hayan perecido desde ayer de todos los pueblos en los desolados campos de batalla, por los que la noche habrá arrebatado á los consuelos de la nueva aurora. ¡Cómo pensar que entre estos estuviese D. Andrés! Y es así, como es verdad que con su vida algo y no poco se há marchado de la mía...

Lo supe. Advertí el doloroso acaecimiento testimoniado en los semblantes de muchos. Nombrar al muerto augusto es tocar en los resortes de las lágrimas, es vaciar en los rostros de los que bien le amaron—y son todos los hijos de Murcia—una esencia sutil, amarga, finísima de pena... Pero mis ojos, — estos ojos que están sobre todos los testigos de la tierra—no le vieron morir, no le contemplaron en las horas del supremo elocuentísimo reposo, cuando allí, en el suelo ennoblecido á su contacto, sus manos heladas aprisionasen la cruz, esa sublime é imponderable Cruz que él encantado miraba en la procesión del Santo Entierro y de la cual le oí que parecía «el paso» construido al «abrazo estupendo de la Justicia y la Caridad». Y como mis ojos no le vieron muerto, se me figura Murcia mujer enarbolada en paroxismo

de terror que el solo temor produce y creo que hé de ver salir á D. Andrés del Malecón en su carácter de «patriarca de esta tierra prometida» y hé de encontrarlo al pié de la torre con la vista arrasada de lágrimas...

«Los dioses se van». Se van ¡ay de nosotros! los inmortales, los grandes, los sabios, los buenos. Se van los tesoros mejores... Se van los amigos.

¡También V. nos deja, D. Andrés! Le buscaremos. Yo empeño mi palabra que hé de buscarle y hallarle. Hé de encontrarle muy cerca de V., en la sepultura que guarda sus restos, en la Santa Misa donde le redime y nos redime á todos Jesucristo, en la mansión adonde le tenga la Majestad de Dios á la cual vuelan ya mis plegarias, suspiros de pecador que los ángeles depuren...

FRANCISCO FRUTOS VALIENTE.
(Mayor de Reyes de Toledo).

Dos ideas

Ha muerto Don Andrés Baquero en momentos de plena actualidad para sus prestigios. Escribir acerca de él ahora, será difícil, para quienes no quieran limitarse á recoger las bendiciones y los elogios que están en el pensar y en el sentir de todos los murcianos.

De la mentalidad de Baquero, de su cultura, de su labor literaria y de otras razones que le conquistaron el dictado de maestro, al elevar su personalidad consagrándola en la cúspide de la intelectualidad de esta región, escribirán y lo harán muy bien, plumas ejercitadas en la erudición y hombres á quienes unió siempre con él, un vínculo doble de cariño y de estudio.

Lloverá y Fúnes, son los llamados, los preparados, los autorizados y los obligados á escribir y á hablar de la labor intelectual y social de D. Andrés, ahora, como preludio de otra obra más seria, más extensa, meditada y perdurable, que recoja, defina y enseñe á la posteridad, quien fué el hombre en cuyo honor se publica este periódico.

Una colaboración de esos dos queridos amigos míos en un libro titulado «Andrés Baquero» sería una labor hermosa; sería útil para dar á conocer esta figura interesante, definida y analizada por la inteligente crítica de ellos: sería un tributo simpático y, debido en cierto modo, á quien les alentó con su cariño, con su saber y con su prestigio; sería obra de cooperación al resurgir de la personalidad murciana y sería además para ellos, de una íntima satisfacción, unirse con ese vínculo, creando entre los dos un nexo, que al juntarlos en los trabajos de preparación y al dejar de modo perdurable enlazados sus nombres con el de Don Andrés, les permitiera entregarse al romántico consuelo de pensar que ese libro era el propio amigo que tantas veces les unió llevando á cada uno de una mano, mientras de ambas recojía también alientos de alegría confortable.

Cuando he comenzado á escribir estas líneas, estaba muy lejos de la idea que acabo de exponer. Pensaba solamente en decir que yo he tratado poco á Baquero como sabio y que por eso, otros le mostrarán mejor que yo en ese concepto. Yo tengo una propensión irresistible á ponerme al tibo sol de los afectos de los hombres, antes que á la sombra de su saber, y cuando tuve ocasiones gratas y honrosas para mí de hablar con aquel murciano castizo, hidalgo, culto y honorable, me separaba de él pensando así... Este hombre sabe muchas cosas y las dice bien, pero lo que más admiro es el regocijo que siente de saberlas; cómo se siente con pensamiento el disfrute íntimo y modesto de su saber! qué noble desprecio hacía lo externo, observé yo en Baquero! su equilibrado y firme espíritu rechazaba cuanto de fuera venía á turbar su paz interior y su deleite recóndito: el mundo no tenía para él nada más que belleza, porque si percibía alguna deformidad, su alma le sacaba el grato jugo de una fina sátira benévola: le complacía más merecer los honores mundanos que ostentarlos; con un gesto superior de su alma, vengaba una injusticia y se desquitaba con un beneficio para Murcia de cualquiera personal carencia.

Era bueno y su bondad de pocos co-

nocida, porque al expresar en su corazón el deleite de sus virtudes, aparecían al público sus actos secos y calculados. Ha hecho mucha obra de caridad con gran recato y en esta idea que era la esencial de su vida, la de ser en todo lo bueno más de lo que parecía, llevaba el secreto de su dicha porque se bastaba á sí mismo para dar campo á su inteligencia y á su voluntad.

Sociables somos por naturaleza, pero admirable es el hombre que se basta á sí mismo para ser feliz, por que él se aproxima á la perfección...

JUAN ANTONIO PEREA.
(Abogado).

Carta Abierta

Sr. D. Nicolás Ortega

Mi querido amigo: Me pide usted unas líneas para el número extraordinario que El Tiempo va á publicar en memoria del Maestro Baquero: Vd. conoce la sincera amistad que desde nuestra juventud nos unía, estrechada últimamente por quince años de convivencia en el Instituto y cómo negarme á su petición? pero no me reconozco capaz más que de figurar en el coro general de este homenaje.

D. Andrés Baquero alcanzó por su honradez, laboriosidad é inteligencia un puesto tan alto, que, como dice muy bien el decano de la Prensa, Sr. Tornel, se proveerán los cargos que desempeñaba, pero Baquero quedará vacante y será el modelo que tenderán á imitar los que hayan de sucederle en ellos.

Su fama de integérrimo, conquistada cuando ostentó la representación de la ciudad, hace visto confirmada por la escrupulosa administración del caudal que se le confió para el engrandecimiento intelectual de Murcia.

Su laboriosidad era tal que aun repartidos sus cargos constituirán una carga pesada para los que hayan de atenderlos, mientras á él después de llenarlos todos, aun le quedaban energías para preparar conferencias y publicar obras como «Los Profesores de las Bellas Artes Murcianas»: su voluntad era infatigable, su amor al trabajo no tenía límite, pero su cuerpo no ha podido resistir más tiempo la labor tan intensa de espíritu tan activo y se ha rendido; ha muerto.

Frutos de su inteligencia nos deja en sus libros laureados por los jurados y admirados por cuantos los han leído; mas él les daba tan poco valor, que agotada la edición no se cuidaba de reimprimirlos y trabajo grande ha de costar encontrar alguno, cual sus «Rebuscos» de nuestra catedral, tan magistralmente descrita por él en la velada del Círculo de Bellas Artes.

Su modestia, comparable únicamente con su valer y su familiaridad con todos, ha hecho se le trate con más afecto que admiración; pero cuando se le estudia y se le juzga únicamente por sus obras, su fama crecerá con el tiempo, como la sombra con la distancia.

El Instituto era una de las predilecciones de su cariño ¡su Instituto y sus estudiantes; de aquel ha hecho un verdadero museo de enseñanza que Murcia puede mostrar con legítimo orgullo á sus visitantes y ayudado por otros murcianos no menos amantes de nuestra querida tierra, utilizando los elementos de aquél centro, ha creado otros de enseñanza y de cultura, cual la Universidad, las Escuelas graduadas, el Museo provincial, el Campo de experiencias agrícolas y aun acariciaba otros proyectos en beneficio de las clases populares: de sus estudiantes ha hecho hombres de provecho, honra ya muchos de ellos del establecimiento en que cursaron y en el que él seguía laborando siempre con igual interés y amor. Nota altamente simpática para todos y verdaderamente conmovedora para los Catedráticos dieron sus alumnos la tarde del entierro, disputándose los puestos para llevarlo en hombros hasta el cementerio á pesar de la gran distancia, patentizando así su veneración al Maestro.

¡Lástima grande que no haya visto terminada su obra: el futuro día de la inauguración de las escuelas graduadas, fecha que será memo-

orable es el resurgimiento de su idolatrada Murcia, por cuyo amor abandonó en los albores de su juventud el puesto de confianza, que desempeñaba en la Presidencia del Consejo de Ministros, que le hubiera abierto seguro camino para llegar á los puestos más elevados de la Nación, ese día, hubiera sido para él uno de los más felices de su vida y hubiera encontrado en esta satisfacción alguna recompensa á su murcianismo!

Por sus obras y por sus méritos deja grabados su nombre en mármol y su recuerdo en el corazón de todo buen murciano.

La desaparición de hombres, como el Maestro Baquero, es siempre dolorosa para todo el que lo conoce y Murcia entera, sin distinción de clases, hizo bien ostensible su duelo por el fallecimiento de su popular D. Andrés, demostrando que sabe sentir á quien le ama y honra á quien la enaltece.

Llora con Vd. la pérdida de tan ilustre conciudadano como buen amigo, el que lo es de Vd. muy afectísimo.

PEDRO BERNAL
(Catedrático).

Baquero director del Instituto

Muy cerca de doce años ha estado don Andrés Baquero dirigiendo nuestro Instituto; y si como literato ha dejado recuerdos impercederos, como Director del Instituto ha desplegado tal celo y ha sido tan entusiasta de todo lo que redundará en su beneficio y en beneficio de Murcia que el nombre de don Andrés no se borrará jamás ni del Instituto ni de los habitantes de esta hermosa tierra. Además de las obras del Instituto, en donde todo quedó trasformado y casi nuevo, al poco tiempo de ocupar don Andrés su dirección ha dirigido como Presidente de la Junta de Patronato la construcción de cuatro grupos escolares y un Museo; todo con una escrupulosa y quizás hasta exagerada administración, por lo que algunos le echaban en cara su lentitud, y no era esto; don Andrés amaba mucho á Murcia, y pensaba en algo más, pensaba completar su plan de mejoras en beneficio de su tierra, porque para él su mayor placer era hacer algo por Murcia.

¡Pobre don Andrés! No pudo ver realizado su hermoso plan. Mucho hizo por su patria chica, pero también este supo premiarle su labor, acudiendo toda ella á su entierro, cerrando el comercio sus puertas; sus exalumnos le llevaron en hombros hasta la última morada.

Así se porta un pueblo por quien le dedicó todas sus energías y supo sacrificarse por él.

MANUEL MAZA
(Catedrático)

Murcia Enero 14 de 1916.

REMEMBER

Para mis colegas

Apagóse la mirada penetrante de aquellos ojos claros y vivos; inmobilizóse el expresivo rostro; cesó de atir su corazón bondadoso; murió el compañero tan querido como respetado. Descansen sus restos en tierra bendita.

La parte principal volvióse al Cielo... mas dejó acá frutos de su inteligencia poderosa para enseñanzas futuras; ejemplos de amor á la patria, á la ciencia y á la juventud estudiosa; iniciativas y proyectos cuya consecución definitiva debemos todos procurar.

La actual generación no podrá olvidarles; pero no corresponderá á lo que le debe si no cuida de que las futuras la sigan conociendo y venerando. Hablará de él la Murcia monumental, cuyos secretos supo sorprender con estudio perseverante; hablarán los Grupos Escolares, el Museo, la Universidad, nuestro Instituto; hablará él mismo por sus producciones literarias. Pero es pre-

ciso que con el transcurso de los años no llegue á limitarse el conocimiento de su personalidad á la Murcia erudita.

Nosotros, queridos colegas, podemos hacer mucho para ello: por nuestras aulas pasa la juventud murciana: á formar sus inteligencias dedicamos nuestros afanes. Ejecutemos pronto nuestro acuerdo de elevar una estatua á nuestro llorado compañero; coloquémosla en sitio visible, donde á diario la contemplemos nuestros alumnos, donde se familiaricen con la expresión de aquel rostro inteligente, de aquella cabeza venerable. Y no dejemos hablar solo á lo inanimado. Año tras año, con la perseverancia del convencimiento, hablemos á los nuevos de quien fué Baquero, y por qué se perpetúa de tal modo su memoria

No temáis que sea perdida la hora que con tal objeto robemos á la enseñanza de las matemáticas ó la Física, de la Literatura ó de la Historia...

La exposición de un modelo de hombres honrados, estudiosos y amantes de su tierra, constituirá una hermosa lección patriótica, enseñará civismo.

Y una lección de civismo vale tanto, por lo menos, como conocer los Clásicos.

C. PEREZ MARIN
(Catedrático).

Días de duelo

Murcia á 14 de Enero de 1916

Sr. D. Nicolás Ortega.

Amigo y señor mío: Cuando el ánimo está subyugado por la emoción de una desgracia imprevista, no es el momento oportuno de pedir primores al ingenio ni galas á la retórica. Cuando el dolor embota el entendimiento y enerva la voluntad, solo es ocasión de sentir hondo y meditar amargamente.

Séame permitido, pues, en estos momentos, limitarme á llorar la pérdida irreparable del amigo del alma y á protestar contra esa ley implacable y cruel que arrebató del mundo de los vivos á los seres humanos, cuando se encuentran en su mayor grado de esplendor y cuando mayores beneficios pueden aportar á la obra solidaria de la humanidad.

Después, cuando obrando el tiempo como sedante, mitigue el pesar y restablezca la calma, habrá llegado la oportunidad de recojer y engarzar, como piedras preciosas, los planes, las ideas y las obras más selectas del Maestro venerado de varias generaciones, del bibliófilo erudito, del literato eximio, del crítico eminente y del coleccionador infatigable de las obras de arte: que estas y otras excelentes condiciones albergaba el espíritu superior del inolvidable D. Andrés Baquero Almansa.

Entonces, podrá apreciarse con plena evidencia, que nuestro malogrado amigo fué ante todo y sobre todo, un gran murciano: que por amor á Murcia, renunció á vivir en otros Centros, donde sus privilegiadas cualidades habrían podido respaldar con mayor intensidad y uagnificencia: que por vocación irresistible, se consagró al descubrimiento y estudio de cuanto podía contribuir á iluminar la historia de este país, y que con su energía perseverante realizó las funciones anexas á ciertos cargos oficiales, que le fueron ofrecidos, sin pretenderlos, conduciéndose siempre con aquel acierto y aquella moralidad, que han rodeado su nombre de una aureola popular, raramente alcanzada en tales casos.

Cuando ese instante llegue, aquella figura modesta, bondadosa asequible á todos y que parecía ignorar su propia valía, se agrandará y revestirá proporciones tan colosales, que seguramente no nos contentaremos con inscribir su nombre en el Monumento de Murcianos Ilustres; sino que sentiremos la necesidad de demostrar de un modo

especial nuestra admiración y nuestra gratitud al eminente paisano, que tan noblemente supo honrar y enaltecer el nombre de su Ciudad querida.

Mientras tanto, permítame que absorbo en mi profundo sentimiento, me limite a llorar la eterna separación del amigo de siempre y a lamentar que con ella se haya producido un hueco en la cultura local, que difícilmente podrá llenarse de un modo satisfactorio.

Reitero a V. la expresión de mi consideración más distinguida y quedo suyo afectísimo y seguro servidor.

q. e. s. m.
JOSÉ LEDESMA.
 Catedrático

Era inefable....

El maestro, en sus momentos de delicada e inteligente emoción, tan abundantes en estos últimos años, que nadie pensaba que fueran los postreros de su noble y fecunda vida, era inefable. No pueden explicarse con palabras la bondad y ternura que atoraba. Formaban su carácter una encantadora amalgama de afecciones delicadas y de ironía, y el fondo, eternamente animado, de este carácter, el corazón. Su ironía se asemejaba mucho a esa chispa fugaz, que escintila, como una divina luz de amor, en las lágrimas de dolor de una mujer bella.

Su bondad intoligente era siempre artística, y él, perteneciente a una generación ecuménica, que amaba, sobre todo, los prestigios de la belleza, poeta, antes que nada. Fue condiscípulo en las aulas de la Universidad Central—, en esas aulas amadas, donde murieron en flor algunas de nuestras ilusiones y donde nació para nuestro corazón el primer recuerdo, con que trazar ese hilo de melancolía, que se llama el pasado—, de Clarín, el doble autor de los Paliques y de «El Señor», «Adios Cordera», «Superchería», y otras obras maestras del dolor y de la ternura; de Palacio Valdés, en cuyas novelas se mezclan la gracia española y el fino humorismo con las lágrimas; de Menéndez Pelayo, cuya transparencia y serenidad clásicas rompe a veces la emoción y de Costa, prodigio vivo y apasionado de poesía civil, que hizo bellas y palpitantes las más áridas cuestiones. Baquero era, como ellos, mezcla ingenua de ciencia y de poesía y, como el de ellos, su recuerdo tendrá la permanencia de lo que no muere.

No hay mejor canción para perdurar que ajustar el ritmo de la inspiración a las palpitaciones del corazón humano. El corazón es de todas las épocas; por él fué inmortal Tácito y lo será Musset; hijo legítimo suyo es el dolor que, como Dios, llega a todas partes, vive en todos los ambientes, y purifica todas las almas.

En los hombres superiores, en posesión de aquellas dos aristocracias del espíritu, hijas legítimas de Grecia, que se llaman el equilibrio y la ironía, la serenidad, que es el todo en que se contienen, no se pierde nunca y la expresión exterior es como una consecuencia de ella; se ajusta a ese maravilloso ritmo interno, siempre acordado y siempre en producción de valores bellos. También a él se sujetan los movimientos materiales y, esa inspiración interior, los toca de su nobleza y pone en ellos un sello de bella elegancia.

¿No os acordáis de aquella mano diestra de Baquero, de dedos afilados, modelo de proporción estética, que con un arte supremo en el movimiento y una reposada aristocracia se ceñía y daba palpitaciones variadas, a sus nobles pensamientos, que, siempre, eran enseñanzas? Baquero, como todo hombre superior, capaz, por su grandeza, de absorber una época y de simbolizar el pensamiento de toda una ciudad, era un apostol y sus palabras vehículo de las más puras ideas y las más altas inspiraciones.

Y, como apóstol que era, formó hombres, y los formó en los moldes eternos de las dos normas más altas en que suele encarnar el amor: en el amor a la belleza, a toda belleza, que todos son igualmente amables,

y en el amor a la patria, a la gran patria y la patria chica, en que encarnó el alma de nuestros padres y en cuya tierra hemos de reposar.

Recuerdo, pensando en D. Andrés, una poesía de Victor Hugo, una sonrisa del Hércules, a quien él admiraba tanto, «La Canción de Sófoeles en Salónica». El gran trágico invoca a la Diosa de la Guerra, que asuela a Grecia, diciéndole que quiere morir por ella, pero, antes, le pide que le depara una dulce criatura, que sepa reír con una risa ingenua y que sea capaz de amarle, con todo el ardor del amor primero, para estrecharla contra su corazón. Tiene dieciséis años y quiere dar la vida por su Patria, pero habiendo conocido antes las delicias puras del amor.

Así era Baquero; entre atrayentes delicadezas, nos inculcaba a todos el culto del deber; pero dando la primacía al sagrado culto de la belleza: de sus luminosas disertaciones de cátedra emanaban altísimas ideas; sobre ellas culminaba la sonrisa luminosa e inmortal de la poesía eterna.

¡Oh aquella mano suya! De ordinario, en su sencillez, en su deliciosa y sugestiva sencillez, sus dedos se arqueaban levemente y la mano tomaba la forma de un molde delicado y artístico, donde su voluntad intentaba recoger y dar vida a una cosa tangible: en su cátedra acompañaba de ordinario sus amenas charlas con este su movimiento prodigioso. Entonces se explicaba el simbolismo; parecía que estaba moldeando corazones aptos para la Patria y para el culto de la belleza. En sus momentos más puros dejaba la mano en reposo, y su único gesto exterior eran las lágrimas... En esos momentos el maestro, radiante de sencilla grandeza, era inefable. Se adueñaba de todos, y su inspiración y la nobleza de su alma, se transfundían en su rostro y escapaban, para su elogio, a la palabra humana...

Yo lo amé menos de lo que él merecía y, sobre todo, muchísimo menos de lo que él me quería a mí. Muchas veces lamentaba que mi inteligencia no fuera mayor para aplicarla a convencerme de lo mucho que debía quererlo.

Producto de su alto magisterio sobre mi espíritu, fué un libro mío, recientemente premiado, que ha comenzado a editarse pocos días antes de su muerte. Cuando han llegado a mí pocas las primeras pruebas, su mano reposaba para siempre, y, con ella su cerebro y su corazón. Este libro es la ejecutoria de mi amor a Murcia, obra del maestro, principalmente; como obra suya fué, también, la de inclinar mis afecciones a estos estudios. He solicitado de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, que lo edita, que en la primera página vaya el nombre de Don Andrés, para que el recuerdo de mi dolor por su muerte viva tanto como mi obra y como la noble pasión de juventud que puse en ella. Ignoro si será complacido; si lo soy en esa primera página del libro, irán estas palabras, escritas con sangre de mi corazón:

«A la sagrada memoria de Don Andrés Baquero, cuya nobleza de ideales, pureza de corazón y elevado talento, hacían par al mote heráldico de Murcia, «Nobilis, Pulchra, Divus». Como Murcia, inmortal.»

MARIANO RUIZ-FUNES.
 Catedrático

BAQUERO

No tuve el honor de ser su discípulo ni me había honrado antes con su amistad y con su trato. Cuando vine a Murcia, en los comienzos del curso me fué presentado como mi Rector y Comisario regio; y en los breves días que la Muerte me ha dejado gozar de su amistad, cautivo mi afecto por sus bondades y gané mi admiración por su claro y fecundísimo talento.

Otros ilustres murcianos iniciaron la idea de nuestra Universidad y trabajaron en las Cortes por conseguirla. A ellos habremos de atribuir la gloria de su creación; pero apenas nacida la recogió en sus brazos, balbuciente don Andrés Baquero, y acogida en su regazo y sostenida por su esfuerzo gigante, creció y ha

prosperado hasta el extremo de presentarse hoy llena de lozanía y de vigor.

Al asociarme a la manifestación de duelo que se proyecta, tiene mi pena un matiz egoísta é interesado que debo confesar; porque la sombra que proyectaban sus prestigios encubría la pobreza de quien como yo vino a este Centro con nombre de maestro y cuerpo de estudiante; y al calor de su fama y de sus méritos encontraba mi insuficiencia de hoy un amparo, y un modelo mis ansias del mañana.

PEDRO PÉREZ GÓMEZ.
 Catedrático.

UN EPISODIO

Sr. D. Nicolás Ortega:

Mi querido amigo: La circunstancia de haber estado enfermo estos días, me ha impedido conocer su propósito, por el que le felicito y al que me asocio cordialmente. Ya que no me es posible, por falta de tiempo, hacer cosa que valga la pena de leerse, en memoria de nuestro inolvidable amigo D. Andrés Baquero (q. D. h.) referiré a V., a título de curiosidad, y por si le interesare, cual fué la primera crítica que escribió D. Andrés... y su primer disgusto literario.

Baquero estudió el bachillerato en el Colegio de Escolapios de Jetafe. Hallábase cursando el último año, cuando se les ocurrió a los más aventajados alumnos, publicar un periódico manuscrito, que fuese el órgano oficial de la casa. En él, remediando a los mayores, se publicaban noticias como la llegada del Padre Fulano, la indiposición del colegial Mengano, y artículos doctrinales y memorias sobre *omni re scibili*... El periódico se publicaba con cierta autonomía y sin previa censura, apesar de ser un centro clerical. Su aparición era aguardada con ansia por los chiquillos, que lo corrían de sala en sala, y lo discutían con la bullanga que es consiguiente. Los Padres, que siempre fueron gente buena y llana, hacían la vista gorda, y hasta lo leían a hurtadillas (por no perder la gravedad y compostura) y se reían de aquella mezcla de inocencia y travésura. Cosas de chicos, al fin...

Pero un día, D. José Sánchez Rubio, antiguo oficial de la Biblioteca Nacional, que era el encargado de D. Andrés, recibió una carta de este en que le pedía por Dios y por todos los santos que fuese inmediatamente a verle. Lo extraño y lacónico del aviso, alarmaron a Rubio, que salió para allá en el primer tren. Era que Andrés, había publicado en el periódico de marras un artículo refutando con muchísimo desparpajo, ciertas opiniones emitidas en la cátedra por el profesor de Física. El artículo cayó como una bomba entre los chicos, que se entusiasmaron con aquel alarde de independencia del autor y a poco si lo pasean en hombros por los corredores. El profesor, que por la edad y el carácter era también un inocente, lo tomó por la tremenda y arremetió (azuzado por las pultas de algún viejo socarrón) contra el discípulo irreverente... Andrés, aquél muchachote bueno y respetuoso, asustóse de su atrevimiento; se vió convertido en cabeza de motín, perdido por rebelde, expulsado por discolo... y pidió auxilio, que no fué necesario; porque como decía el rector, al despedir a Sanchez Rubio, sonriendo bondadosamente mientras tomaba una pulgarada de rapé: «Tranquílcese; son dos niños!»

Si en la región serena de la inmortalidad, se encuentran el maestro y el discípulo, ya adornados con el don mirífico de la eterna é inaltable alegría, se reirán, como rien los mortales, de este episodio de su paso a través de la vida.

De usted amigo afectísimo,
 JOAQUÍN BÁGUENA.
 Archivero

UNA CARTA

Sr. D. Nicolás Ortega.

Querido amigo: No puedo colaborar en el número extraordinario que usted dedica a Baquero.

No debo conmovér a mis lectores con recuerdos de aquel día fatal de Reyes, y son estos recuerdos de horror y crueldad los que ahora viven en mí y tiranizan mi memoria.

Cuando la muerte besó aquel rostro le imprimió una serenidad de bienaventurado que contrastaba con las inquietudes de sus últimos años, llenos de trabajo y tristeza. Parecía dormir suavemente en una región luminosa... pero ¡jamaba tanto la vida!

Sólo estos recuerdos se destacan precisos cuando pienso en Baquero, y con ellos podría hacer llorar; pero no sería honrado...

Si es deseo de usted que figure mi firma en ese número puede publicar lo único que de Baquero he escrito: una impresión demasiado febril de la lectura que hizo en el Círculo de Bellas Artes, de su Introducción al libro «Artistas murcianos».

Recuerdan un día en que D. Andrés fué dichoso y aunque ahora lo es más—¡jamaba tanto la vida!

Su amigo de veras,
 VICENTE LLOVERA.

Murcia 18 Enero 1916.

En nuestro deseo de que figure en este homenaje la firma del señor Llovera, publicamos la adjunta carta, aunque el exceso de original no nos consiente la inserción del artículo a que se refiere.

El sabio sembrador

Da miedo recordar... Bastó un momento a las odiosas manos de la muerte para rendir su cuerpo recio y fuerte; cerrar sus ojos y apagar su aliento.

Fuó un golpe seco, bárbaro y violento, fatal designio de la ingrata suerte que en fatídica sombra así convierte la poderosa luz de su talento.

Pero su inteligencia portentosa jamás podrá morir; vive gloriosa en las almas de dos generaciones,

en las que él, con amor y con paciencia sembró un tesoro de virtud y ciencia con la oscura labor de sus lecciones...

ENRIQUE SORIANO.

Salzillo y Baquero

Yo no conservo de la muerte del llorado maestro Baquero, ese recuerdo tenebroso y desconsolador que dejan en nuestra alma las pérdidas definitivas é irreparables.

En medio de la triteza en que me ha sumido su muerte; hay un algo que me consuela y aun me enorgullece; un algo que me deja una impresión dulce y melancólica; como una lágrima que no acabara de caer...

El maestro en vez de compadecido, debe ser envidiado. Ha tenido la dicha de morir como los elegidos; como los mimados por la fortuna; su desaparición ha sido un tránsito glorioso; se ha ido rodeado de gloria; su memoria es exaltada; yo he visto a las gentes llorar ante sus frios restos; he visto a sus amigos y discípulos disputarse el honor de llevar sobre sus hombros el ataúd que encerraba los amados despojos; he visto a Murcia entera, conmovida, seguir su cadáver. ¿Qué más? Su muerte, ha sido un triunfo, un verdadero triunfo de amor sobre todos los corazones...

Por eso, para perpetuar y exaltar su recuerdo, serán, a fé, muy variados, y dignos de loa, los proyectos é iniciativas que se propongan a la opinión pública.

Uno, muy fácil y modesto, es el

siguiente, que quizás no desagradare al maestro, si viviera.

A raíz de la publicación de su último libro «Los Profesores de las Bellas Artes murcianos» el que suscribe estas líneas, publicó un largo artículo en EL TIEMPO comentando y esalzando como merecía una obra de tales méritos.

Entre otros comentarios, hacía el siguiente:

«En este completísimo *Catálogo de Profesores de Bellas Artes* el capítulo dedicado a Salzillo es un verdadero oasis. Es todo de una pieza; todo allí es lógico y claro, todo está meditado. Está escrito y sentido con un amor tan subido que linda con la adoración, pero sin que éste amor ofusque el análisis depurado. Es a mi entender un juicio definitivo, pasmoso en su sencillez, tratado con tal seductor hechizo que a cada nueva lectura, encuéntranse también nuevas bellezas y más dulce jugo.

«Hemos de confesar después de leídas esas páginas, que a punto fijo el que las ha escrito, es sacerdote de la Belleza y que a través de las claraboyas del templo, sus expertas pupilas saben ver el cielo».

«¡Cuánto no habrá sufrido nuestro Baquero, condenado a oír todo lo que se ha hablado, y a leer todo lo que se ha escrito a tontas y a locas de Salzillo!

«En ese magistral *Estudio* no queda ningún cabo suelto referente a Salzillo. Es completísimo: *La Biografía la Obra y el Juicio apologético*».

«Yo lamento no poder hacer sentir con toda la fuerza y la intensidad necesarias, el encanto penetrante de estas cosas. Pero lo que yo no pueda traducir lo experimentará por si mismo el lector.

«He oído asegurar que el Ayuntamiento tiene el acertado propósito de costear una copiosa edición de ese bellissimo *Estudio* de Salzillo, que se repartirá profusamente en Centros de cultura, en Sociedades, Bibliotecas y escuelas de la región... De este modo, esas elocuentes páginas, estarán al alcance de todos, y hasta el más miope, podrá ver, como alienta en ellas, bajo la nieve del análisis, el grato rescoldo del sentimiento».

Esto decía yo, y la edición no se hizo.

Lo que entonces no fué, puede ser ahora. Del ilustradísimo criterio de nuestra primera Autoridad popular depende... ¿Qué empresa hay más noble...? ¡Salzillo y Baquero! ¡Dos cumbres de la gloria murciana, excelsas como cúpulas...!

Popularizar la biografía crítica de Salzillo, y al mismo tiempo la labor literaria de su ilustre comentador... ¿No creéis que nuestro llorado don Andrés, aprobaría en vida, esta noble aspiración...?

ENRIQUE MARTÍ.

17 Enero 1916.

Las "cosas," de D. Andrés

El don de gentes

El erudito, arqueólogo y literato D. Javier Fuentes y Ponte, que, sin ser murciano, por nacimiento, lo fué sin embargo, por adaptación, adopción y otros vínculos filiales, murió anciano, cuando Baquero era joven.

Sentía D. Javier por Baquero un cariño y una admiración casi idolátricos, sentimientos a los cuales correspondía D. Andrés hidalgamente. En cierta ocasión, (hará de esto unos veintidós años) D. Javier accedió a un certamen poético organizado en Murcia, con un romance histórico-local que, como tantos otros trabajos suyos, aquí y fuera de aquí, mereció galardón.

La fiesta literaria se celebró una mañana en el teatro de Romea. La sala estaba rebosante. El escenario lo ocupaban las autoridades, los or-

ganizadores, el jurado y los literatos que habían obtenido premio.

Cuando, abierta la plica que encerraba el nombre del autor del romance histórico, el Secretario anunció a D. Javier Fuentes, el público lo saludó con un aplauso sincero.

El anciano poeta, académicamente vestido, cogió el cuaderno de grandes hojas, que contenía su romance, cantando cierto episodio de D. Pedro el Cruel, se adelantó arrogante hasta cerca de la embocadura y se dispuso a leerlo, engallando el busto en una actitud intantilmente teatral.

Estalló un nuevo aplauso, ya menos sincero que el anterior.

Y comienza D. Javier:

«El rey Don Pedro primero tiene fama de valiente...»

Otra salva de aplausos que anudó al poeta, porque no venía a cuento. Siguió leyendo, pero con un poco de escama. Era para escamarse. A los cuatro ó seis versos del romance, otro aplauso insistente y salpicado de bravos extemporáneos, hicieron comprender al Sr. Fuentes, que el público no estaba por él; y D. Javier, con un gesto de digno reproche, arrojó bruscamente el cuaderno sobre una mesa, y se sentó.

Hubo un momento de crisis, de indecisión, y la solemnidad literaria estuvo a punto de cortarse allí. Don Andrés salvó la situación, violenta en verdad.

Se levantó con un aire de simpática modestia, cogió el cuaderno y dijo encarándose con el público: «Señores: el romance del Sr. Fuentes merece ser leído. ¿Me permiten ustedes que lo lea?»

Y el público exclamó a una: «Sí, sí. Y coreó la respuesta con un aplauso ingenuo.

D. Andrés leyó el romance maravillosamente y lo avaloró con su lectura. Al final, el trabajo de don Javier fué aplaudido de veras. Tan de veras, que al Sr. Fuentes, que era algo infantil, se le dispó el malhumor, como a un niño a quien le quitan una rabieta con un caramelo.

Su admiración por Salzillo.

Los ojos de la sastresa.

Una mañana de Agosto (todavía en el siglo XIX, hacia el final) tomábamos cerveza en casa de Jara D. Andrés, un famoso doctor, orgullo de esta tierra, y el que narra.

Se hablaba de las mujeres de Salzillo, del sello, del ambiente murciano que flota, como característica del glorioso artista, en el semblante en los ojos de sus imágenes femeninas.

De pronto, D. Andrés, mira el reloj y exclama:

«¡Es cerca de la una; vénganse ustedes.»

Nos condujo, por la de Madre de Dios, a la calle del Contraste. Al dar frente a cierta sastresa, que ya no existe, D. Andrés se paró en firme, y sacudiendo la pipa sobre la palma de la mano izquierda, dijo contemplando a una hermosa oficiala que nos miraba entre encojida y asombrada por nuestra insolente curiosidad:

«Miren ustedes qué par de ojos me engolosinan a mí hace más de un año. ¿No ven ustedes algo de los ojos del Angel y de la Samaritana?»

«En efecto, D. Andrés dijo el doctor.—A esa chica, se la encuentra uno en París, sin conocerla, y se le dice:—Adiós, paisana.

Era, en verdad una hermosura. En su mirada irradiaba una dulce serenidad de reina. Yo no sé si se acordará Chacón, que era el sastre.

Era muy bueno

Hace veintiséis años, me encontré a D. Andrés una mañana, más temprano que de costumbre, que iba con paso acelerado, por la Platería arriba.

«¿Adonde vá V., si no es indiscreción?»

«Véngase V. y se lo diré andando.

Y así lo hizo. Pero viendo que sacó el reloj y seguía apretando el paso, le interrogué de nuevo.

—Siga V., hombre; Dios s' lo pagará á V. —(Pero sin soltar prenda.) Cuando íbamos por la calle de Cadenas, sacó el reloj nuevamente y me dijo: «Son las diez menos cinco. Llegamos á buena hora.»

—Hombre, lo celebro—contesté yo;—porque si después de la caminata... —Ea, se lo diré á V. Estó la Vela en Agustinas; he leído que esta mañana ha sido ajusticiada Higinia Balaguer, y antes de entrar en el Instituto he sentido el impulso de oír una misa por su alma. La pobre...

Higinia Balaguer, como se recordará, era la protagonista del archivero criminal de la calle de Fuenarrabal.

Ha sido una de las misas que en mi vida he oído con mayor recogimiento de espíritu.

Perspectivas

D. Andrés, que era todo orden y método, tenía hecha una distribución del vivir, de la que nadie le sacaba ni á tres tirones. Su trabajo matinal; sus horas de clase; su siesta; su labor vespertina de estudio y de escritura; su paseo por el Malecón; su juego de damas en el café y su tertulia de la Confitaría de Ruiz-funes, eran ocupaciones inalterables.

Llegado el Viernes Santo, era inútil convidarlo á ver la famosa procesión, en tal ó cual balcón de la carrera. El había encontrado «su perspectiva» en la puerta de Santa Catalina, sobre el resalte del portal, en última fila. Allí contemplaba las imágenes de frente y escorzadas, luminosas y arrobadoras.

La procesión, también mañanera, del Corpus, la veía, casi invariablemente, en la calle del Contraste, junto á la casa de D.^a Antonia Cano, porque le ente necia, como un azei lente místicamente poético, la lluvia de hojas de rosas frescas que las manos virginales de las monjas arrojaban por las celosías del convento.

No hace muchos meses, D. Emilio Díez de Revenga nos convidó á varios amigos á merendar en su deleitosa finca de Santoángel. Entre los convidados estaba D. Andrés. Se hablaba de perspectivas, y D. Emilio, queriendo ofrecerle una soberbia al maestro, le invitó á subir á la terraza. Desde ella, en la plenitud de una tarde vernal y luminosa toda la extensión del valle de Murcia se ofrecía en una gama múltiple de tonalidades cálidas, esfumadas en el polvillo de oro del sol declinante.

D. Andrés contempló el panorama con ebrios ojos, y enmudeció. Al poco rato, salió de su arrobado exclamar:

«Verdaderamente...» La frase quedó rota en sus labios, por la emoción, y se le humedecieron aquellos sus ojos tan claros, tan apacibles, tan videntes...

JOSÉ FRUTOS BAEZA

Los últimos saludos

Cuando volvía la esquina del Seminario, los que estudiábamos entonces Retórica y Poesía corríamos al interior del Instituto; unos quedaban junto á la puerta para incorporarse al entrar haciéndole alguna pregunta que no tenía otro objeto que darse cierta importancia á los ojos de los compañeros; otros, abriendo apresuradamente los libros comenzaban á pasar por el pasillo con aire grave: los más tímidos llegábamos junto á la puerta del aula y al verlo pasar sonriente entre el rumoroso enjambre estudiantil que lo rodeaba, nos descubríamos y, tímidamente, penetrábamos en clase.

¡Cuántos años, desde esto! D. Andrés nos hizo la merced de su llana amistad. Y sin embargo, en su presencia, que buscábamos con cariñosa veneración, sentíamos aquella antigua timidez...

Abandonando el fúnebre cortejo corríamos al Instituto; queríamos esperar allí como en aquellos claros días de nuestra adolescencia, cuando estudiábamos Retórica y Poesía. ¡Qué hermosa tarde hace! pensamos á nuestro pesar. El Malecón estará lleno de sol y de pájaros como en las tardes de primavera. Cuántas tardes, tan bellas como esta, cuando regresábamos nosotros le vimos llegar á él, feliz y son-

riente, saboreando la augusta serenidad del paseo, ya solitario, que se extendía como una senda ideal entre el paisaje de la huerta, bajo los ensangrentados oros del crepúsculo. Ayer mismo... ¿Y es posible que esta tarde tan bella no podamos ya encontrarle, si no es, encerrado en aquella estrecha caja negra que tan cruelmente ha pesado sobre nuestros hombros? Indudablemente aquello era una horrible pesadilla.

Junto á la puerta del aula esperamos como entonces. El mismo rumor de colmena se acercaba, las mismas caras juveniles venían en compacto grupo, andando lentamente, como cuando rodeaban al querido maestro, cruzando en torno suyo los antiguos claustros. Ya estaba allí. ¿No le abrirían paso para que entrara el primero en el aula? ¿Que hacía aquel beldel con la gorra en la mano y sin abrir la puerta? Nos descubrimos tímidamente. Creímos despertar del horrible sueño. Un sollozo se escapó de una garganta, y el grupo estudiantil pasó de largo llevando sobre sus hombros una caja negra, siniestra, ante la que se iban descubriendo por última vez los que tantas otras veces pasaron al sabio maestro radiante de satisfacción bajo la sombra de aquellos claustros.

FRANCISCO SORIANO.

Abogado

ELEGÍAS

A LA MEMORIA

de DON ANDRÉS BAQUERO que pasó conmigo, por nuestro Malecón, la última tarde de su vida.

I

ERA YO UN NIÑO.

Era yo un niño cuando fui presentado á D. Andrés. Me llevaron una tarde de domingo á casa de su hermana Carolina, donde acostumbraba comer los días de fiesta, y con gran cariño acogió mi presencia y mi afán de conocerle que sabía de antemano. Avergonzado y conmovido debía estar yo, cuando D. Andrés me atrajo con afabilidad hacia él y me obsequió con un dulce de los que había en la mesa.

Su semblante, tenía entonces otra suavidad más clara y sonriente; sin la veladura de tristeza que últimamente dieron á sus ojos, los sinsabores de los años y su soledad. Mi impresión de simpatía para su bondad, fué la primera semilla que en mí cayó desde su corazón, y más tarde floreció en la profunda estimación que tuvieron mi pecho y mi frente para él.

No mucho después, alumno de su clase de Gramática, era para mí, día de satisfacción, aquel en que llamándome por el apellido de mi madre, según solía entonces, me preguntaba:

—Sr. Ruiz, ¿trae V. estudiada la lección?

II

LA DESPEDIDA Á SALZILLO.

De todos los recuerdos que el año 1915 deja en mí, el más preciado es el haber permanecido la mañana de Viernes Santo, junto á D. Andrés cuando veía la procesión de Jesús. Fuimos desde la Trapería hasta la plaza de Sta. Catalina, y allí nos instalamos en la esquina á la plaza de Díaz Casson, frente al Contraste. Decía D. Andrés que aquel sitio era el mejor de toda la carrera de la procesión, para ver las efigies, y allí gozó por vez postrera su emoción de siempre frente á las obras de Salzillo.

En el ambiente mañanero de Abril, bajo la caricia del sol, vimos avanzar la doble fila nazarena, de túnicas con los colores desvaídos; los «pasos», flotantes sobre las olas humanas de las orillas.

El Cristo de la Caida se detuvo un momento ante nosotros; luego pasó con lentitud, mirándonos, y yo me conmoví hondamente viendo en los ojos humedecidos de don Andrés con que profundidad sufría, «la emoción de aquella mirada hipnotizadora, de la divina majestad de aquel rostro, de aquella honda amargura y aquella infinita mansedumbre.»

¿Cómo sospechar yo, que don Andrés veía por última vez en la tierra aquellos divinos ojos, que ahora se abrirán, llenos de gloria, sobre su alma pura, redimida del cautiverio terrenal!

III

LA ÚLTIMA CLASE.

Una tarde del pasado Noviembre regresamos juntos del Malecón, perdidos ya en la sombra las últimas llamaradas del poniente. Se dirigía don Andrés al Instituto á dar la clase de Literatura á sus discípulos de la Universidad, y lo acompañé hasta la puerta de la cátedra. Le dije mi deseo de entrar á escucharle: protestó él que aquella recordación de los días de mi adolescencia quizá me iba á conover demasiado, pero accedió á mi ruego y me hizo sentar en el estrado, junto á él.

Tenia razón; pasó aquella hora envuelto en la tierna emoción de gozar de su amenísima palabra, recordando aquellas clases de Retórica y Literatura, llenas de encanto para mí, en que acaso mis quince años se distraían alguna vez con las primeras inquietudes del amor...

Fué vivir una hora de los años lejanos, sintiéndome niño; entristecido por el recuerdo de las penas sufridas desde entonces, encantado por la indecible seducción de la palabra del maestro..., que ya no se oír más!

JUAN GUERRERO.

Abogado

Reine en el corazón eterno luto

A la memoria del glorioso maestro

D. ANDRÉS BAQUERO

Era de ciencia y de bondad arcano, era el amor hecho hombre, era la pura encarnación del bien, el soberano arquétipo de excelsa criatura.

Sábio entre sábios que al saber rendía la más constante y noble pleitesía como preciado y singular tributo,

Murió el que siempre llamaremos (nuestro) maestro en el Arte y en la Ciencia (maestro). ¡Reine en el corazón eterno luto!

DANIEL AYALA.

Madrid.

¡Flores y lágrimas!

En nada mejor puede sintetizarse humanamente el cariño que en una flor. ¡Nada más expresivo para testimoniar el dolor que nos embarga, que una lágrima! Y lágrimas y flores derramamos hoy abundantes á la memoria veneranda de aquel don Andrés, cuyo solo nombre compendia toda una época de trabajo perseverante en loor y prez de Murcia. ¡Flores murcianas! que este pródigo suelo nos brinda, bañadas, con el llanto de los cielos, en irisado rocío! ¡Lágrimas también murcianas! que el corazón ofrenda en eterno, merecido testimonio de gratitud al que consagró su vida toda á nuestras glorias, al que vivió locamente enamorado, de *nuestras cosas*... y antes se acabaron los alientes de su vida y los latidos de su corazón, que pudiera agotarse la aurífera vena que en los plétóricos yacimientos de su sentido murciano, iba cuajando sin cesar los ricos materiales con que forzaba gozoso la espléndida diadema que ufano ceñía á las egregias sienas de su Murcia idolatrada. Ahí están sus obras inéditas y sus truncados escritos...

Porque el alma de don Andrés era pindírica lira dispuesta siempre á vibrar con la más ligera presión del cariño por su tierra y por los suyos, engrandeciendo hasta los más ligeros detalles con las concepciones maravillosas de genio y los impulsos soberanos de su corazón.

Entre mil, he aquí uno de esos rasgos característicos suyos, cazados como al descuido en los mismos ignorados eseondrijos donde su modestia envidiable sabía ocultar esas cosas íntimas y sentidas.

Era una tarde de Abril de 1903. En modesta cámara funeral yacían los restos mortales del ilustre lingüista, gloria del Claustro de este Instituto, don Antonio Escartín y Lacasa, á quien don Andrés profesaba una amistad sincera, fraternal. La multitud ansiosa de acompañar-

le á la última morada crecía por momentos, é iban llegando comisiones, amigos, compañeros, invitados... y, con el tapabocas pendiente del cuello, (porque había que preservarse de las locuras de Abril,) envuelto en amplio gabán, y con el típico hongo, llegó también D. Andrés ante el cadáver. Sus ojos, aquellos ojos azules que retrataban siempre la hidalga nobleza de su corazón, y que en fuerza de mirarlo extasiado habían, sin duda, diluido por su iris el diáfano añil de nuestro cielo, se posaron en el féretro... ¡allí estaba su buen amigo, su sabio cooperador, el gran filólogo, como él mismo quiso grabar en su epitáfio,) á quien él, ¡don Andrés Baquero! veneraba asombrado... Lágrimas indiscretas titilaban sus pestañas. Y, no yacía solo; un blando sudario de flores, recién tronchadas de su tallo, saturaba la triste estancia de ambiente perfumado, y cubrían con sus hojas los helados restos... en redor; ocho, diez, veinte criaturas, adolescentes apenas, casi niños, arrodillados, rezaban; y sus ojos, también estaban húmedos. D. Andrés cuyo corazón de oro, no sabía sustraerse á esas emociones tan sentidas y tan hondas, profundamente conmovido, posó su mano al azar sobre uno de aquellos niños, que al levantar su nublada vista del Maestro muerto, fué á cruzarse con la dulce y atrayente del Maestro vivo... «¿quién ha traído esas flores?» preguntó D. Andrés. Y el niño sin alzarse, respondió: «Mire V.d. Don Andrés; yo quería mucho á D. Antonio, y en unión de estos compañeros, alumnos de su clase, hemos reunido nuestros ahorritos del domingo. (era lunes después de la Pascua, hemos comprado estas flores, y ya, que por ser niños, otra cosa no podemos, hemos venido á traerlas y á rezar por él.»

Don Andrés no pudo contener la emoción, y dirigiéndose al que esto escribe, le dijo limpiándose los ojos: «¡Me hacen llorar estos muchachos!» «¡Oye; que no le quitéis esas flores, porque ya que sus labios inocentes envuelven su alma con el perfume de la oración, que vaya también su cuerpo envuelto para siempre en el de esas flores, que rocean con sus lágrimas, emblema del cariño que su bondad supo captarse entre nosotros.» Así era el gran corazón de don Andrés. Mi mayor consuelo, en medio de la cruel desolación, fué cumplir su tierno y delicado encargo...

Y cuando guiado por Paco; el fidelísimo Paco!, llegué ante el severo féretro del queridísimo Maestro, y le ví envuelto en el fresco y oliente sudario de rosas que la piedad y el cariño de sus discípulos sobre él depositara, al contemplar conmovido sus

«yertos despojos» y observar que ya para siempre «mudos están sus labios, ciegos sus ojos; y en su pupila no brilla la mirada dulce y tranquila...» por la natural asociación de ideas, recordé los nobles sentimientos que brotaron en triste idéntica ocasión de aquel hidalgo pecho ya frío... y, pedí á Dios con toda el alma, que desde el cielo, donde cristianamente pensando, su alma reposa, se gozará estática contemplando, cómo también había él dejado en esta tierra bendita, manos cariñosas que con flores olorosas de su suelo cubrieran su cadáver yerto, y corazones agradecidos que ante él vertieran el tributo gravísimo y consolador de sus lágrimas...

Y creedme... tuve envidia á aquellas flores... y automáticamente mis rodillas se doblaron é imité á aquellos jóvenes escocares que, tristes y silenciosos... ¡rezaban y lloraban!...

J. GÓMEZ LLOR.

Haneñado

19—1—1916.

EVOCACIONES

I

YA SE HA IDO...

Ya se ha ido Baquero, el hombre bueno, bondad todo, aquel señor que tenía los ojos claros é ingénuos, la mirada de un niño y el

semblante de apóstol; y que hablaba casi siempre en voz baja, con un acento suave...

En Enero, cuando los álamos desnudos, floran la caída de las hojas últimas, las que quedaban en sus más altas ramas, y las húmedas huellas de su llanto ennegrecen el gris amarillento de los troncos, dulcemente, don Andrés se ha ido...

Le acompaña en su viaje á la otra vida, algo de Murcia, algo de su carácter, de sus «cosas», de sus viejas leyendas, de lo que era ella y es todavía.

II

...Y DON ANDRÉS SONRÍO CONTENTO

Una tarde de Mayo vi á Baquero en «la Paloma». Iba yo distraído, pensando; no me acuerdo... Como una sombra velada, don Andrés pasó ante mí. Me paré á mirarle, y él, sin verme, con su andar pausado se dirigió á una altura de la orilla del camino. Apenas hubo llegado cuando yo ví los ojos hacia atrás, y sonrió gozoso al contemplar á su Murcia, á la que él llamaba su madre, que en una polvareda de oro se desvanecía á lo lejos y erguía la Torre, como un brazo saludando la alegría de su hijo bueno...

De todos los recuerdos que perduran en mí á través de los días, es uno, el de aquella hora en que sorprendí una sonrisa en los labios de un santo, que poco menos era don Andrés Baquero.

JOAQUÍN GARCÍA FERNÁNDEZ

MENTIÓN NECROLÓGICA

DE D. ANDRÉS BAQUERO

EN LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

Según nos refiere nuestro distinguido amigo é ilustrado cartagenero D. Adolfo Herrera, Académico de la Historia, en la sesión celebrada por esta docta Corporación el día 14 del corriente, terminada la lectura del acta, y antes de entrar en el despacho ordinario, el Sr. Perez-Villamil pidió la palabra y con frases muy sentidas anunció el fallecimiento de D. Andrés Baquero, calificándolo á nuestro ilustre paisano de uno de los más distinguidos y beneméritos *correspondientes* de la Academia. Expuso á grandes rasgos, pero con juicio conciso y razonado, la vida literaria del Sr. Baquero, citando sus principales obras publicadas é inéditas y entre ellas sus afortunados *Rebuscos*, que han abierto tantos y tan fecundos caminos de la luz á la historia de Murcia y de sus principales monumentos artísticos.

Después de esta relación clara y metódica de los méritos científicos del ilustre murciano, el señor Perez-Villamil, que le trató de cerca, por que eran vecinos de veraneo en el mismo partido de la Huerta, pasó á referir sus altas cualidades morales, de que dió brillante ejemplo administrando los cuantiosos fondos del Instituto de Murcia, cuya Junta de Patronato presidia. En la obra del Museo y de los edificios escolares, construidos bajo su dirección, resplandeció, dijo, su honradez acrisolada, su celo por el progreso de las instituciones docentes de Murcia, y la entereza acaso excesiva, de su carácter firme y bizarro.

El señor Villamil terminó su mención necrológica con estas ó parecidas palabras: «Por los hechos referidos y por el juicio que merecen «los señores académicos han podido comprender que el señor Baquero Álmanza, nuestro ilustre correspondiente en Murcia, renna á «su cualidad de hombre inteligente «y docto la de ciudadano honrado «y patriota, por lo cual, aún mismo «tiempo, y sin vacilaciones ni desmayos, ilustró y honró la historia «de su pueblo y la profesión de las «letras.»

La Academia acogió con muestras de viva simpatía las sentidas frases

del Sr. Villamil y acordó que se publicase un extracto de esta mención necrológica en el *Boletín* de la Corporación. El Sr. Herrera, amigo íntimo del Sr. Baquero, se asoció con particular afecto á las declaraciones del Sr. Villamil, y ahora, se complace en que sean conocidas del público murciano.

Nuestro Padre

Lleno de luto nuestro corazón por la sensible pérdida que hemos experimentado no hay que extrañar nazca en nuestros corazones el desaliento que produce la pérdida del que nos ha guiado, del que nos ha guiado durante tantos años, del hombre infatigable que tanto ha procurado por nosotros, y ya que aunque muy triste sea para nosotros ha fallecido, ha terminado la misión que Dios le tenía encomendada, nosotros los que nos quedamos aquí cumplimos como buenos hijos ya que como padre él nos consideraba, derramándole nuestras lágrimas, lágrimas de sangre que todo murciano ha derramado; pero que nunca serán tantas como penas y sinsabores él ha pasado por nosotros.

Cuando en la mañana de aquel aciago día fuimos enterados de la muerte de D. Andrés Baquero (que e. p. d.) todos los estudiantes, como Murcia entera, no queriendo dar fó á lo que se nos decía, ni creer que un hombre tan robusto, y con tan buena salud, que la tarde antes habíamos visto en el Malecón había muerto era increíble, todos asombrados fuimos á su casa y allí ante la triste realidad no tuvimos más remedio que convencernos, aunque muy doloroso fué para nosotros allí reunidos; unos cuantos discípulos suyos nos arrodillamos á darle el último beso y aunque llorando salimos la mayoría á la habitación contigua y exclamamos: ¡Ha muerto nuestro padre! Todos dijeron ¡Nuestro padre, sí! viendo expresadas en tan pocas palabras todos los sentimientos que ahogaban nuestros corazones.

Ya en todo el día dejaron sus alumnos de hacerle la postrer visita, y cuando los que pasaban veían salir á tanto estudiante llorando, se asombraban de ello, no llegando á comprender que un hombre pudiera grangearse los corazones de tantos jóvenes como lo lloraban; y sin embargo era así, con su seriedad, dulce y justiciera era el único hombre que no tenía enemigos entre nosotros, el único á quien queríamos como á un padre y le lloramos como tal.

En el entierro, todo el mundo nos vivió alrededor del féretro disputándonos el honor de llevarle hasta el cementerio y lo dejamos sobre el Panteón y molidos nuestros cuerpos y despellejados nuestros hombros volvíamos á Murcia, todos nos quedábamos con sentimiento de no poder seguir al lado de él derramando lágrimas bien tristes, lágrimas de despedida para quien no teníamos que ver jamás.

Después hemos celebrado algunas reuniones y expresados nuestros mutuos sentimientos, hemos visto cuanto Murcia tiene que agradecerle al insigne Baquero (q. e. p. d.), tanto que por mucho que le agradezca nunca se lo agradecerá bastante y hemos acordado abrir una suscripción entre nuestros compañeros para celebrarle unos funerales y recoger firmas para que se le levante una estatua en la Plaza de la Cruz á la sombra de nuestra famosa Catedral puesto que ha sido uno de los pocos murcianos que la han estudiado concienzudamente.

Por los estudiantes,

F. GONZÁLEZ JAVALOYES.

«Una lágrima por los difuntos se evapora; una flor sobre su tumba se marchita; una oración por su alma la recoge Dios.»

Apliquemos esta máxima de San Agustín á la buena memoria del llorado Maestro,

(D. E. P.)